

poéticas más o menos desafinadas o cursis. Y la tal tonada le da margen para no poner en duda que hemos de publicar su adefesio. [...] Hasta el momento de largar al canasto su mamarracho, no tenemos de usted otra idea sino la de deshonor de la colectividad trujillana, y de que si se descubriera su nombre, el vecindario le echaría el lazo y lo amarraría en calidad de durmiente en la línea del ferrocarril a Malabrigo.⁶

Clemente Palma era el crítico oficial de los novecentistas peruanos o «futuristas», así se llamaba el Partido Nacional Democrático que fundó José de la Riva Agüero, no es extraño que no comprendiese la poesía de Vallejo como antes no había comprendido la de otro poeta al margen de los ritos, José María Eguren, cuando publicó *Simbólicas* en 1911.⁷ Ese mismo año se dieron también a la imprenta *Minúsculas* de Manuel González Prada, *Elogios* de José Bustamente y Ballivián y *Rumor de almas* de Alberto Ureta. La publicación, dentro de este cuarteto, de las dos primeras obras supuso una clara ruptura estética, se terminará el dirigismo que mantenían aquellos «cerebros rudimentarios» y «medianías literarias» de las que hablaba González Prada en su célebre discurso en el Teatro Politeama, ellos prefigurarán ese cambio que se produce en la cultura peruana e hispanoamericana, cuya herencia será recogida por Mariátegui y *Amauta*.

El noble sacerdocio de la poesía estaba en Perú tradicionalmente representado por un íntimo consorcio entre el poeta y el Estado, es decir por el éxito crítico y de público de José Santos Chocano, el poeta coronado, y por la oligarquía que representada en lo literario por los novecentistas se ocupaba de la perspectiva crítico-literaria e histórica, casi siempre fusionándolas. La poesía de Prada, que según Mariátegui inaugura el período cosmopolita de las letras peruanas, une a sus audacias formales y rítmicas temas peruanos y una posición ideológica cada vez más abierta. Junto a él, Eguren trae un modo distinto de pensar la literatura desde su ocultamiento que supone su desvinculación clara con los procesos político-sociales, confinamiento que produce un oficio de poeta distinto. Frente a ellos, los representantes intelectuales de la opción civilista que contaba tradicionalmente con el mundo universitario.

Es importante reseñar el hecho de la similitud cronológica entre la revolución poética y la reforma universitaria en Hispanoamérica: en 1918 muere González Prada, al año siguiente se publican *Los heraldos negros*, y un año después se convoca el primer Congreso Nacional de estudiantes en Cuzco, que liderado por Víctor Raúl Haya de la Torre crea las Universidades Populares Manuel González Prada. El reformismo se expande como consigna fundamental de la juventud bajo el lema de Prada «los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra», el populismo provoca la solidaridad entre el obrero y el estudiante, uno de los enunciados de este congreso dice: «La Universidad Popular tendrá intervención oficial en todos los conflictos obreros, inspirando su acción en los postulados de justicia social».

⁶ Clemente Palma, «Correo franco», Variedades, n.º 499, Lima, 22 de septiembre de 1917. Recogido en César Vallejo, Crónicas, México, UNAM, 1984, vol. I, pp. 416-417.

⁷ No nos resistimos a copiar este nuevo juicio tan atinado como el anterior:

«La impresión que queda, después de leído el librito de Eguren, es la de haber participado, en castellano, por un mundo de pesadillas inconexas, fumosas, informes, en que se ve debatirse en tormentosos espasmos todo lo que vive en un mundo subconsciente. Que da la impresión de haber visitado, durante un sueño de baschish, la mansión de las extravagancias más disparatadas. Y que en el paseo nos ha conducido un poeta, pero absolutamente perdido de sentidos.»

Se intentará desde la Universidad crear una nueva hermandad asociándose al pueblo a través de la enseñanza que «deberá estar exenta de todo espíritu dogmático y partidista». La ola de huelgas que vivió el Perú entre 1916-1918 provocó el empeoramiento de la situación de las clases medias, la rápida proletarización de la pequeña burguesía y la intensificación del radicalismo de los estudiantes, que intentarían establecer vínculos personales con los obreros y sus organizaciones.⁸ Convertir al estudiante en un obrero intelectual, en un revolucionario, cambiando todos los sistemas, era ir en contra de aquellos que seguían vigentes en «la vieja y carcomida Universidad de San Marcos».

Mientras tanto Vallejo está poco a poco construyendo, participando de este mismo espíritu, una poesía nueva que transmitirá las vivencias esenciales del ser humano, en la que, según explicó, «el creador goza o padece allí una vida en que las nuevas relaciones y ritmos de las cosas se han hecho sangre, célula, algo, en fin, que ha sido incorporado vitalmente en la sensibilidad».⁹

El valle de Chicama y el de Trujillo (zonas azucareras de la costa norte peruana) debido a la concentración latifundista, habían producido un importante movimiento sindicalista que se alió al grupo intelectual reformista de Trujillo, «Norte», que organizaría allí las Universidades Populares González Prada a partir de 1921 y que en los años 20 se convertirá en la élite política de la zona. La bohemia de Trujillo expresa la inquietud social de la provincia a través de proclamas nacionalistas y antiimperialistas.¹⁰ La atracción que César Vallejo sintió por este grupo, al que siempre llamó hermano, no se debió única y exclusivamente a una comunión de ideales estéticos, de lecturas e influencias (Herrera y Reissig, Darío, Eguren, Nervo, Kierkegaard, etc.) sino también a una misma comprensión y punto de vista social, un parecido enfoque ideológico sobre el indio-obrero. El indigenismo de César Vallejo que dependía según Mariátegui de una estructura anímica que se convertía en vernácula expresión, se había enriquecido antes de llegar a Trujillo con sus estancias en la hacienda «Acobamba», en la provincia de Pasco, como preceptor del rico minero Domingo Sotil entre mayo y diciembre de 1911, y durante 1912 como ayudante de cajero en la hacienda azucarera «Roma» cerca de Trujillo. Conocer de cerca a su pueblo que sufre provocaría con el tiempo su infinita proyección, en primer lugar en Rusia, desde el pasado incaico asimilando el ayllu a las comunas soviéticas, y más tarde en España, cuyo presente en guerra lo reproduce Vallejo en el de las masas trabajadoras del Perú que terminan considerando, en su opinión, la causa de la República como la suya propia.

El sintonismo de nuestro poeta con la intelectualidad de Trujillo queda demostrado en las palabras finales de su tesis de bachillerato, *El Romanticismo en la poesía castellana*, presentada en 1915: «Nosotros anhelamos, pues, la difusión de la cultura en la masa popular y el desarrollo económico, como medio de formar una literatura brillante, digna de nuestra amada patria.»¹¹, el tópico de la supuesta inutilidad del arte lo resuelve

⁸ Cfr. Adam Anderle, Los movimientos políticos en el Perú. *La Habana, Casa de las Américas, 1985, página 87.*

⁹ César Vallejo, «Poesía nueva», *Crónicas*, op. cit., vol. I, p. 332.

¹⁰ Adam Anderle, op. cit., p. 101.

¹¹ César Vallejo, *Crónicas*, op. cit., vol. I, p. 95.